

Aitana



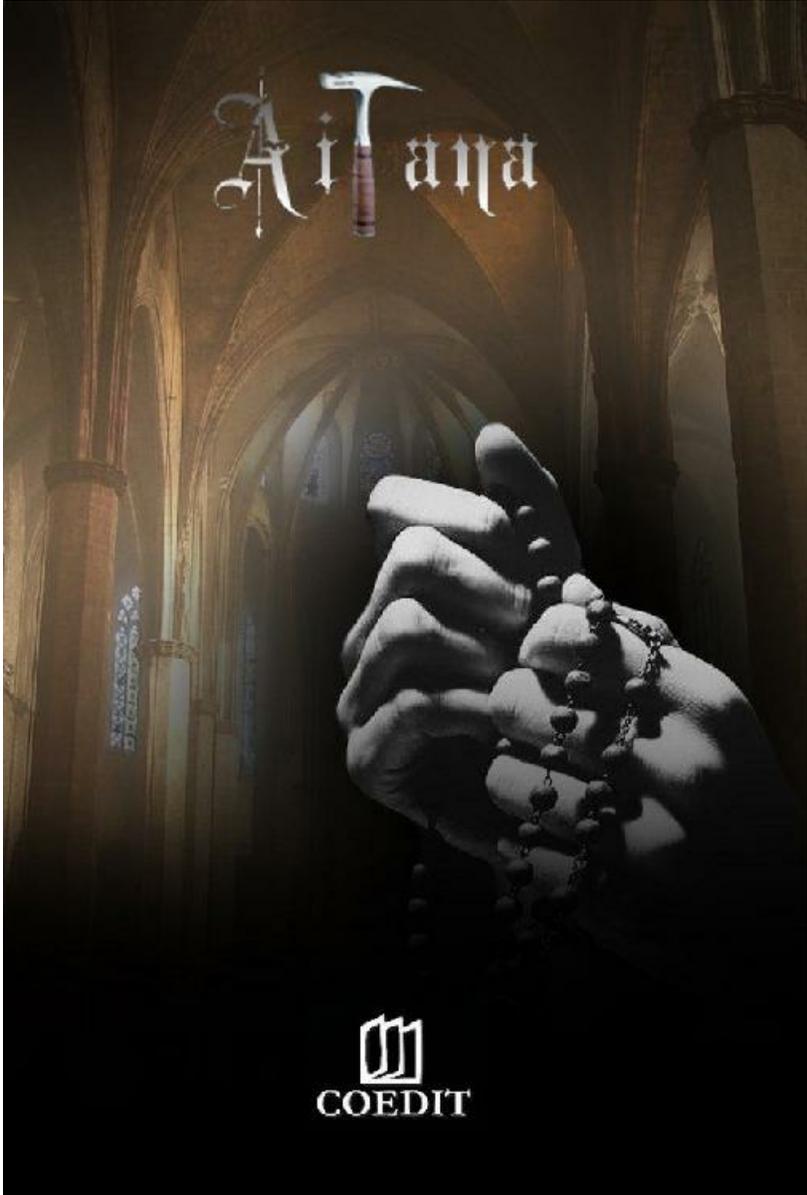
SAĞLIKLI VE MUTLU OLMAYI İSTİYORSANIZ
DÜNYAYI İYİ GÖZLE GÖRÜN



COEDIT

Table of Contents

[I](#)
[II](#)
[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)
[NOTA](#)
[AUTOR](#)
[DigiLibris](#)



Atana


COEDIT

Proyecto gráfico de portada: Valentina Belloni

Copyright © 2020 COEDIT Edizioni s.r.l.
www.coedit.it – info@coedit.it

UGO MORIANO

AITANA

Una historia que precede
El ángel del dolor



COEDIT

A mis amigos Marco, Mirko y Valentina

Esta historia es una obra de fantasía.

Lugares y personajes mencionados son invenciones del autor y tiene el objetivo de conferir la veracidad a la novela.

Cualquier analogía con hechos, lugares y personas vivas o desaparecidas, es absolutamente aleatoria.

I

Cuatro días habían pasado desde su llegada en Italia cuando el Cardinal Rafael Torres Velasquez, procediendo con precaución debido a su avanzada edad, bajó las escaleras de cemento que, bordeada de una alta pared de contención que conectaba la carretera con la playa de abajo.

Después de sólo nueve escalones, un ataque repentino y muy doloroso a la rodilla izquierda lo obligó a apretar su agarre en la barandilla de hierro que rodeaba la escalera, recordándole, si es necesario, que más allá de cierta edad el privilegio de vivir es frecuentemente compensado con una serie abundantes de tembladera.

- Monseñor, ¿necesita ayuda?

- No Aitana, todo está bien. Gracias a este hermoso día, me enfrenté al bajar con demasiada calvicie, olvidando que ya no era un niño.

Respondió el cardinal dirigiéndose a la monja que lo observaba preocupada.

- Ahora voy a ser más cuidadoso y todo va a estar bien.

- Talvez debimos haber elegido otra playa. -La religiosa unió sus manos como si estuviera orando. - una más accesible, como la que pasamos hace diez minutos.

- No, está bien. ¡Mira que hermosas rocas emergen del mar!.

El alto prelado, después de una dispensada sonrisa tranquilizadora a la monja, retomó el descenso hacia la extensión de guijarros grises que descendieron a la costa. De hecho, no estaba completamente seguro de que estaba haciendo lo correcto. De hecho, si se hubiera encontrado en el papel de Aitana, habría reiterado sus dudas con más behemencia.

"Si después no puedo subir, ya que no hay rampas de acceso, sólo escaleras, usted se vería obligado a pedir ayuda"

A pesar de ese pensamiento, no se detuvo, simplemente precedió con más cuidado y su agarre, en la barrandilla gastada por el tiempo y la sal, se volvió más firme.

En los días anteriores junto con su inseparable asistente habían seguido algunos servicios religiosos en la catedral de los Santos Mauricio y Compañeros Mártires, que se encuentran en el Parasio de Porto Maurizio, pero esa mañana se habían mudado al otro lado de la ciudad. Habían asistido a la misa de las diez en la basílica colegial de San Juan Bautista en Oneglia y al final, de la conversación cordial con el párroco, habían ido a dar un paseo cerca al muelle portual. Hablando con un pescador, el cardenal se había enterado de esta playa, en el que estaba a punto de descender, situado en la solapa más oriental de Imperia.

Cuando llegó al último escalón, se paró y respiró el olor salado que impregnaba el aire.

Un aroma no desconocido, pero raro para un hombre que había pasado sus últimas décadas en el soleado Toledo.

Aunque era el 20 de marzo, en ese momento la arena estaba desierta y esto lo complació porque había ido allí a buscar la presencia de Dios que sólo podía sentir en soledad.

Como si estuviera apunto de hacer un gesto de época, extendió su pie derecho y lentamente lo inclinó sobre las piedras en la base de la escalera.

Después de asegurarse de tener una base sólida, casi de impulso, dio tres pasos hacia adelante.

"Fué bien" pensó cuando se dió cuenta de que no tendría equilibrio.

"Si hubiera terminado tirado en el suelo, las monjas del convento, aunque sintiendolo mucho,

seguramente habrían expresado dudas sobre mi sofisticación” Aseguró sus habilidades y entró en la playa, dejando que su mirada vague por el agua azul y transparente, y luego a llevarlo a los infinitos tonos de gris de la multitud de piedras oscuras y redondeadas que bordean las olas.

A unos cuarenta metros a su derecha, una hebra de rocas bajas salieron de la pared y después cortaban la arena perpendicularmente, se lanzaban al mar para resurgir a unos metros más adelante.

No se atrevió a sentarse en el suelo porque estaba seguro de que ya no sería capaz de levantarse de nuevo, se dirigió hacia una parte rialzata y la usó como silla.

Antes de continuar, levantó su mirada hacia la parte superior de las escaleras y trató de tomar una expresión segura, luego levantó la mano en un gesto de saludo que fue correspondido por Aitana, aunque si el rostro de la monja continuó mostrando perplejidad.

Procediendo sin prisa, Rafael entró tratando de evitar las piedras que le parecían más inestables, luego a mitad de camino para disfrutar de la vista de la famosa roca galeazza.

"Más que la vela de un buque de guerra veneciano del siglo XVI, consideró contemplar la estructura rocosa que, estrechas y alta, emergió de las olas y luego se extendió hacia el mar más profundo” para mí parece la aleta de algún fócil antiguo que data de épocas distantes que, como una broma del destino, se mantuvo un unico signo obvio de los enorme pescado enterrado en este rincón de La Liguria.

La sensación mientras reanudaba su viaje seguía su camino y finalmente llegó a sentarse, era que ese ser no podía ser asimilado a un delfín juguetón, sino a un tiburón feroz, tal vez todavía listo para despertar si las condiciones habían sido favorables.

El sol que brillaba en el cielo, el aire cálido y una ligera brisa que venía del oeste le daban una sensación de relajación, lo que lo llevó a cerrar los ojos, como si se encontrase en el lugar sólo por razones de ocio. Todo eso sugirió que 2017 sería el enésimo año con temperaturas por encima de la media.

"¡No estoy aquí por vacaciones!" dijo descartando ese sentimiento. "Etolo está muriendo y he venido a Italia para acompañarlo en este último viaje. La razón por la que Rafael y su asistente inseparable estaban en esa parte del puente de Liguria estaba estrechamente ligada a la gran relación de estima y amistad que lo unía a Etolo Sciorato, un cardenal originario de Imperia Porto Maurizio que, hasta su jubilación, había sido un eminente miembro de la Curia Vaticana. Gravemente enfermo durante un par de años, un mes antes, al presagio de acercamiento de su propio viaje, había decidido enfrentarse a sus últimos días regresando a las tierras donde nació.

"Es unos de los pocos amigos de verdad con los que siempre he sabido que puedo contar. Cuando se haya ido, estaré más solo, pero ahora mi tiempo también está llegando a su fin, así que pronto estaremos juntos de nuevo”.

Con un esfuerzo liberó su mente de esas consideraciones entonces, como era su costumbre cuando llegó a las orillas del Tajo, habiendo asegurado una vez más que no había nadie en el vecindario, descansó los codos sobre sus piernas y mentón en las manos de la articulación, finalmente entrecerró los ojos hasta que se redujo a una simple rendija. Su mirada miraba a la inmensa extensión de agua y su alma se abrió al Señor.

El don de la fe siempre lo acompañó. Cuando regresó con su memoria, no podía recordar ni un solo momento de su vida en el que había sentido el amor de Cristo y nada había vacilado en su firme convicción de que tenía que cumplir con una misión: dedicarse a los demás revelando la piedad y la esperanza que Dios nos ofrece. Desde el comienzo de su viaje religioso siempre se había comprometido.

Para llevar a cabo su servicio y la carrera eclesiástica que había realizado había sido sólo la consecuencia lógica. Durante décadas había celebrado el misterio de la Eucaristía sin dudar nunca de la transubstancia de ese gofre de pan sin levadura que tenía en sus manos, pero la verdadera comunión con el Señor nunca le había encontrado entre las paredes, a menudo suntuosas de las iglesias sino en lugares menos ortodoxos como en las orillas del Tajo. Ahora en ausencia de un río real lo estaba buscando en esa playa en la frontera entre Imperia y Diano Marina. Un par de gaviotas después de girar entre la tierra y el mar descendieron sobre el agua y se desplazaron por el ligero oleaje. Poco después llegó otra media docena que a su vez recayó en la compañía de los dos primeros. Finalmente llegó un último rezago que tal vez para no conformarse con el resto del rebaño, descansaba sobre la roca ocupada por el cardenal y después de estirar y doblar las alas blancas y grises permaneció para mirarlo sin mostrar un interés real. Rafael decidió ignorar al recién llegado y como siempre en estas ocasiones comenzó a recitar con un filo de voz el acto de fe

-“Dios mío porque eres verdad infalible creo en todo lo que has revelado y de la Santa Iglesia nos propone creer. Y expresamente en ti, el Único Dios verdadero en tres personas iguales y distintas.. ”

Los minutos eran tan lentos pero no se sentía en particular. Miró al mar en cuanto a la transparencia engrosada en el azul más profundo, aprovechó el ida y vuelta de las olas bajas que se disolvieron entre las piedras sintiendo el susurro monótono de la resaca pero nada tocó las profundidades de su conciencia.

-“El mar no es el río” pensó decidiendo rendirse. El agua del río está viva, joven, resplandeciente y corre rápidamente como si todavía tiene que recorrer miles de kilómetros y enfrentar grandes tierras para erosionarse. Cada gota empujaba la que precede contribuyendo a ese movimiento imparable. La masa de agua delante de él en ese momento era prácticamente estacionaria su carrera ya lo había hecho evitando obstáculos o cavando su camino, finalmente logrando llegar a la última estación.

Ahora esperó que llegaría su momento, a veces con movimientos lentos u otras veces con impulsos furiosos y luego ir perdiendo toda la fuerza y consistencia que le quedaba, subiendo silenciosamente al cielo.

Con algo de dificultad se puso de pie. “Que extraño pero no me siento en sintonía” pensó mientras recuperaba en pañuelo de algodón que había colocado en el acantilado para no ensuciarse la ropa. “El agua del río es joven mientras que el agua del mar es vieja, un poco como yo” llegó a la base de las escaleras tropezando una sólo vez y miró hacia arriba encontrándose una vez más con la mirada de Aitana que inmóvil como una estatua le esperaba en la carretera. La mujer que tenía poco más de seis pies de altura, tenía sesenta y ocho años de edad y había estado a su servicio durante treinta y seis años. Siempre la había visto vestida con ropa gris de plomo y con el cabello escondido por el velo púrpura como la escápula que llegaba a sus tobillos, Rafael apenas podía recordar como era su existencia antes de que entró ella, discreta y omnipresente.

La primera vez que se conocieron había tenido lugar un mes después de su ordenación episcopal y desde entonces no se habían separado, causando con el paso del tiempo pequeños chismes nacieron, sin embargo nadie, incluso en momentos de máxima presunción se habría atrevido a retirarse en presencia de la monja. En los últimos tiempos el prelado anciano se había encontrado a menudo pensando en este compañero especial de su vida. A veces su devoción le parecía casi de otro mundo, pero a menudo aunque ni siquiera se atreviera a confesarse a sí

mismo, le pareció que toda esa fidelidad ocultaba un matiz más oculto, algo poco claro que era mejor que todos sacaran a la luz. Pero luego archivó esas consideraciones, catalogándolas como fantasías de un viejo sin muchas cosas de que hacer.

“Fuerza veamos de subir” se dijo apoyando su pie en el primer escalón de cemento crudo por la erosión. La subida no fue fácil y desde el principio la rodilla izquierda ayudó a hacerlo aún más problemático pero poco a poco llegó a la cima sin que Aitana hubiera pronunciado una sola palabra de aliento u ofrecido a bajar para ayudarlo en ese cimientto.

-“Al fin es justo así” se dijo el cardenal mientras cojeaba visiblemente al llegar para abrir la puerta del coche un panda gris que había sido puesto a su disposición.

-“Elegí bajar y tuve que subir”. Una gaviota talvez la misma que se le había acercado en el acantilado llegó a descansar en el muro de cemento que delimitaba la calle y con sus ojos de jet que permaneció mirándolos hasta que se fueron.

II

- “El Dr. Ramella dijo que Etolo non llegará hasta el domingo” murmuró Rafael mientras caminaban por el pasillo hasta el primer piso del convento.

- “Lo importante es que no está sufriendo” dijo Aitana siguiéndolo de cerca

- “No, o almenos insoportablemente. El cancer está llevando a cabo su propio trabajo pero afortunadamente lo hace de puntillas”.

- “Unos pocos les toca la suerte de irse sin sufrir a noventa y dos años es una verdadera gracia de Dios”.

- “Sí, Etolo se enfrenta a esta situación con gran serenidad. Sabe que está muriendo en la gracia de Dios y esto es realmente reconfortante para él”. Observando que la monja no añadió ningún comentario el cardenal se detuvo y se viró hacia ella. Si sentir vergüenza sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y se limpió las lágrimas que bañaban sus mejillas.

- “Recuerdo aún la primera vez que fuí a Roma. Me habían comunicado de la decisión del Papa de nombrarme cardenal y a pesar que quedaban sólo seis días hasta la fecha fatídica yo no estaba preparado.”

Aitana conocía esa historia de memoria, pero asumió un aire vagamente interesado en no chocar con su interlocutor que parecía haber olvidado que él ya lo había contado varias veces en el pasado.

- “Fue Etolo quien me llevó bajo su ala protectora”. Rafael meticulosamente dobló su pañuelo y lo puso en su bolsillo. En ese momento todavía era un obispo pero estaba acostumbrado a salir de las mil habitaciones y pasillos de la curia y me instruyó en el ceremonial como tal vez nadie más lo habría sabido.

Así nació nuestra amistad que con años en el lugar de deteriorarse se ha fortalecido cada vez más.

- “Nunca lo entendiste” pensó Aitana asintiendo con simpatía “y seguramente no te lo diré ahora pero el buen Etolo era de hecho homosexual y de esos primeros encuentros se enamoró de ti. Por esta razón siempre buscó razones para pasar el rato contigo llegando a menudo a pasar sus vacaciones a Toledo. Por supuesto que nunca te hizo propuestas explícitas de lo contrario ahora no estaríamos aquí, pero eso no cambia el fondo de la historia”

- “Vamos a cenar nos están esperando” dijo el cardinal buscando de tener un tono de voz más seguro.

El pasillo después de dar un giro a la derecha se alargaba por unos diez metros tomando luz de grandes ventanales que daban al parque circostante poblado de pinos marítimos y terminó frente a una puerta doble que en ese momento estaba abierta. Tan pronto como el monseñor entró en la sala todos los ruidos pararon y las miradas de las mujeres ya presentes se dirigieron hasta el, ignorando a su compañera.

- “Disculpe el retraso dijo Rafael” insinuando una sonrisa y caminó cojeando ligeramente hacia la mesa que ocuparía con su superiora madre.

Aitana en su lugar llegó a lado de otra docena de monjas que esperaban de pie. Sin dudarle fue a colocarse en la parte superior de la mesa, ya que ese lugar había sido asegurado desde el primer día que había llegado al convento. En ese lugar habían monjas mayores y tal vez incluso más titulares que ella, pero después haber visto su mirada resuelta se había negado de impugnar esa

decisión.

Una vez que todos estaban sentados una mujer vino de la cocina con un gran tazón de metal con sopa. El primero en ser servido fue el cardenal que tan pronto como se fue visto vertiendo en el plato de sopa de carne en el que flotaban cilindros de pasta casera, asumió una expresión ligeramente molesta.

- “¡Esta noche tenemos sopa con passatelli!” dijo a baja voz, pero con entusiasmo una de las monjas.

- “también habrá estos passatelli” dijo Aitana “pero a Rafael no le gusta el caldo de carne y creo que la madre superiora ya se ha dado cuenta”.

La monja toledana por otro lado no tenía ninguna preferencia particular y aceptó gustosamente todo lo que se puso en su plato. Su única debilidad apenas descubierta en la vejez era el chocolate negro fondente. Si llegara a meter mano sobre una pedazo no podía contenerse y esta desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Por todo lo demás a ser moderada.

- “Cuando era un poco más pequeña como una niña habría estado dispuesta a hacer cualquier cosa para disfrutar de un plato similar” pensó mientras vertía su porción de caldo. Ella nació en una casa en ruinas en el campo en las afueras de Bargas, en un pequeño pueblo a pocos kilómetros de Toledo. En esa casa de paredes ladrillo y en parte de madera cocinada por el sol, con el techo de tejas rojas un poco ásperas, ese había sido su hogar desde que nació y había permanecido hasta la edad de once años. El dinero siempre faltaba en la casa. Tenían agua corriente pero no electricidad. No morían de hambre pero amenudo comían con los vecinos pobre ellos también, estaban dispuestos a donar a esa familia abandonada. A veces las organizaciones religiosas aportaban algo de consuelo y luego si estos últimos no se vendieran para hacer unos centavos la familia tendría una gran fiesta. Su padre Tercero era obrero trabajaba de raro y su madre que nunca mostraba mayor interés que su esposo ocasionalmente hacía tareas domésticas en los hogares de otras familias. Por otro lado ambos disfrutaban mucho el alcohol sin ir demasiado lejos a la sutileza sobre su calidad y a veces no despreciaban el uso de drogas. Más allá de eso no perdían oportunidad de desahogar sus frustraciones sobre las creaturas indefensas que tenían a su disposición. Insultos y pallizas eran el pan de cada día y papá también añadió más. Sus dos hermanas mayores, Ignacia y Lucita tal vez porque habían enfrentado por primera vez las consecuencias de vivir con padres similiaresse habían convertido en pobres bestias asustadas que tan pronto como pudieron buscaron un agujero o un escondite para desaparecer de la vista.

Aitana sin embargo era de un altra pasta y cuanto más sentía que su ira crecía. De niña había tratado de reaccionar, incluso si esto sólo había dado un suplemento de palizas entonces, creciendo, había sentido algo nacido dentro de sí misma y luego, esperando el momento adecuado, se había transformado hasta el punto de asumir las mismas actitudes aterrorizadas que las hermanas. Por la noche acostado en el colchón sucio y descocado era una cama que acunaba ese pequeño núcleo de furia helada brotaba en su pecho, y mientras lo acariciaba mentalmente, esperaba que se apresurara a crecer y florecer. Gracias a algunas visitas de agentes de policía, sus padres se hicieron más cuidadosos en golpear a sus hijas. Los golpeaban en lugares donde la ropa cubría los moretones y si algo salía a la luz, siempre había una de las hermanas dispuesta a asumir la culpa. Hubo un momento de crisis en el que la hermana mayor quedó embarazada de su padre, pero incluso entonces al final la pobre mujer se vio obligada a contar su escapada con un hombre que pasaba y así aunque todos en el entorno básicamente se tambaleaba de la verdad, la cosa se silenciaba. Cuando el embarazo hizo que el cuerpo de Ignacia sea menos deseable su

padre no solo fue feliz con Lucita si no tambien puso sus ojos en la más pequeña de la prole, que ahora en su opinión después de cumplir sus once años estaba lista para sastifacer sus antojos.

Ebria e indiferente a los gritos de su hija, una tarde había tomado lo que pensaba que era legítimamente suyo y cuando Aitana, llorando, se había vuelto hacia su madre, había abofeteado, obligándola a no hablar con nadie al respecto. Dos días más tarde se repitió y fue en ese momento cuando la concha del pequeño huevo de furor helado que meditaba dentro de ella, estalló dejando fuera el demonio que ha vivido desde entonces con ella. Al día siguiente, sin esperar nuevas atenciones paternas, había tomado uno de los cuchillos de cocina, lo había afilado cuidadosamente y lo escondió en su túnica, entonces había esperando el regreso de su padre, que una vez más se había presentado abrumado o borracho, esto no le había molestado en entenderlo.

Esperaba que la violara de nuevo y estaba listo para luchar hasta la muerte, pero había facilitado las cosas: había entrado en el armario que pasaba detras de el y, tal vez para quitarse aturdimiento, se había puesto bajo el chorro de agua salia del tubo de goma fijado en la pared de madera. Después de esperar pacientemente en el momento adecuado Aitana se había acercado rápidamente y lo apuñaló en el vientre y luego inmediatamente retiró el arma.

La cuchilla había penetrado sólo un par de centímetros, un poco debido a la dedilidad del brazo y por el miedo, le dio un corte serio, pero ciertamente no mortal. Terciero disparó un grito, tal vez más para sorpresa que por el dolor, luego se tambaleó hacia atrás terminado con la espalda contra los ejes de la pared. Sin entender aún lo que estaba pasando, una mano pasó por encima de sus ojos mientras la otra presionaba la herida.

-¡Maldición, qué me hiciste! ¡te voy a matar por eso! Su padre gritó cuando se dio cuenta de lo que había sucedido. El instinto principal de Aitana era escapar. Acababa de golpear al hombre que era todopoderoso en esa casa y el castigo sería terrible, entonces el demonio, rojo como el fuego, porque así lo describiría si se lo pedían, se apoderó de ella y luego con un salto, roncando los dientes como una bestia, volvió a caer debajo de él golpeándolo justo por encima del flácido pene.

Tomó más fuerza y la gillett esta vez entró con facilidad. Terciero gritó nuevamente y esta vez fue un grito de terror, como si de repente entendiera lo que estaba apunto de suceder. El tercer golpe lo metió en el estomago, mientras que su víctima en lugar de acercarse hacia adelante trató de protegerse con las manos, el cuarto y la quinta puñalada golpearon las costillas y el sexto cortó un pedazo de antebrazo, el séptimo finalmente rasgó un muslo casi de arriba hasta abajo.

Ella era empapada de sangre y sus pies estaban sumergidos en un líquido rosado viscoso compuesto de sangre y agua que indiferente a la tragedia continuaba el chorro dal tubo. Ahora su padre no era más el orco que por año había terrorizado las mujeres de su casa. Emitió pequeños gemidos agudos cada vez que el cuchillo se encontró con su carne hasta que se derrumbó sentado, finalmente se desplomó a un lado con los ojos bloqueados que seguía mirándola aterrorizada.

- No, no, no

Aitana había ignorado esa letanía de súplicas y con calma, también encontrándose con varias dificultades, cortó ese apéndice que sólo el día anterior, duro y turgido, había penetrado en él. Lo tiró al suelo y después cerró la puerta detrás de él y la aseguró con una cadena de hierro miserable todo oxidado. Al sentir por primera vez en su vida un gran sentido de satisfacción, regresó a la casa y mientras sus hermanas permanecían escondidas esperó la llegada de su madre.

¿Pollo con guisantes o puré de papas?

La pregunta de la monja a su izquierda la desvió de sus recuerdos y la trajo de vuelta a la

realidad.

Fingiendo no entender el idioma asumió una vez más una expresión de interrogación y la mujer señaló a sus dos opciones.

Aitana sin sonreír eligió los guisantes y asintió con la palabra.

III

La cena había terminado con la posibilidad de elegir entre dos frutas: manzana o pera y ella había optado por esta última, entonces era el turno de la función religiosa de la tarde y luego con la madre superiora y el cardenal abrieron la fila y todas las monjas habían ido a la capilla del convento.

Ese edificio religioso en el estilo barroco tardío de Génova era decididamente excesivo en tamaño en comparación con el número actual de hermanas, que por lo tanto se limitaron a ocupar los dos primeros bancos del pasillo y dejaron todas las demás vacías.

El servicio fue celebrado por el cardenal que desde su llegada al convento se había hecho cargo de todos los deberes sacerdotales.

A Aitana siempre le ha gustado escuchar y sintió un gran transporte al llegar a la celebración de la Eucaristía, en cambio se enfrentó a todos los demás momentos de ritos religiosos con una mezcla de aburrimiento y distracción.

Esa noche no era diferente de lo habitual y así cuando las hermanas oraban y cantaban buscó cierta inspiración para dejar pasar el tiempo.

La primera vez que había entrado en ese lugar se había quedado en la estructura. Aunque su educación no descansaba sobre grandes cimientos a lo largo de su vida había utilizado cada momento libre para aumentar sus conocimientos y se había descubierto un admiradora de todo tipo de arquitectura, desde la más clásica hasta las expresiones más atrevidas y modernas.

La iglesia era muy colorida y dorada que parecía desbordarse de cada esquina, como si para competir con los muchos cuadros al fresco, que aunque no son verdaderas obras maestras sin embargo revelaban la buena mano del artista que los había creado.

El segundo día después de su llegada, mientras participaba distraídamente en los ritos a la liturgia de la palabra, se había centrado en el altar y en su cabeza.

El buen Rafel no tenía ningún sentimiento de ello porque siendo un hombre santo, su gran fe y especialmente su ser varón, le impidió entender los pensamientos femeninos más allá del nivel superficial.

Aitana por otro lado, había notado que en esa comunidad había un flujo de emociones muy similar a la histeria.

En la superficie todo parecía tranquilo y los días seguidos de los ritmos habituales, pero en fondo como un río kárstico listo para emerger de las profundidades, tenía una tensión muy poderosa que en cualquier momento podía manifestarse con consecuencias impredecibles.

- “Es como si todo el mundo se mantuviera un secreto para sí mismos, pero realmente no saben cómo manejarlo”, dijo distrayéndose aún más de los ritos de conclusión.

Después de haber hecho una reverencia, Rafael descendió los tres escalones que conducen al nivel del pasillo y junto con la madre superiora se dirigió a las otras alas del convento.

Aitana en lugar de seguirlo como de costumbre se quedó y luego entrastó a cola con las monjas restantes. Todos en ese lugar, incluido el cardenal, creía que ella no entendía el italiano, un idioma que dominaba muy bien.

Nunca había sentido mucho interés en el aprendizaje de idiomas, pero cuando Rafael participó en su primer cónclave dijo que tenía que estar lista para cualquier eventualidad, incluso para eso, muy descabellado de hecho, que se haga Papa. Todos los cardenales, tanto porque tenían que

enfrentarse con frecuencia a la Curia Vaticana que hablaban italiano, como porque al final todos eran teóricamente papables, conocían el idioma aunque a veces en manera un tanto áspera.

Otro discurso fue para sus colaboradores que transportados a la antigua ciudad de Pedro, a menudo se encontraron en gran dificultad.

- “Esto no me sucederá” dijo Aitana y así sin revelar a nadie su elección, ella había utilizado los pocos viajes a Italia para mejorar su conocimiento, sin pero nunca ser descubierta.

- “Si Rafael se convierte en Papa me quedaré con él exactamente como ahora y nadie puede hacer excusas para separarnos” fue el pensamiento que la había estimulado.

Ahora que la preparación secreta vino en increíblemente útil para ella.

- ¿Qué decidió la hermana Carla? Una de las hermanas preguntó en voz baja, refiriéndose a su madre superiora.

- “Todavía nada” respondió otra.

- Todo es muy difícil y se necesita un momento para cometer errores irreparables.

- Es cierto. Ciertas personas una vez alimentadas a la prensa, incluso se suicidaron y más tarde se descubrió que las acusaciones fueron fabricadas, una tercera intervino después de que miró sospechosamente a Aitana que la seguía con distracción.

- Pero es una niña que viene todas las tarde donde nosotros ¡No podemos fingir nada! La primera de las hermanas parecía muy decidida, pero también restringida por las demás.

- Silvana, no tienes que recordar eso. Pero es parte de una familia estimada y conocida.

- Abogados que han estado trabajando en su estudio en via Cascione durante generaciones, su abuelo fue un partidista e hizo grandes ofertas a la hora de renovar algunas de nuestras iglesias, no podemos culparlo sin estar seguros.

- ¡Me siento como una leona en una jaula! La hermana Silvana hizo la señal de la cruz. Si lo que sospechamos es verdad, no dudaría en torcer el cuello de ese bastardo. Sólo necesitaría tenerlo en mis manos por dos minutos. Si acabara en el infierno, al menos sería por una buena causa.

- Al fin del día, la niña nunca dijo nada y sólo estamos pensando sobre la base de suposiciones, una cuarta monja, la mayor, intervino en un tono duro.

- Estas generaciones de pequeños mimados están en crisis ante cada pequeño problema. Los que crecimos en el momento de la guerra no teníamos todos estos fisimos. ¡Así que ahora ya no quiero oír hablar de ello! Será la madre superiora después de escuchar los consejos a tomar la decisión.

- Pero nosotros...

- ¡Nada más que hacer! ¡Acabo de decir que no quiero oír hablar de eso!. En ese momento las monjas comenzaron a separarse y Aitana aprovechó para seguir de cerca a la hermana Silvana, una mujer alta, delgada y seca que tenía siempre un párpado parcialmente bajado. Tan pronto como se encontraron momentáneamente solas se aprovechó para acercarse.

- ¿Tendría que hablar contigo? – le dijo cuando la otra se dio cuenta de que estaba siendo seguida.

- Hablar? Voi dire parlare?! Claro que si! Pero yo no sé español.

Aitana le señaló la puerta de la habitación y la monja después de mirar a su alrededor entró sin hacer objeciones.

- Voglio aiutarti. dijo Aitana mientras cerraba la puerta.

- ¿Tu hablas italiano? No lo sabía, pensábamos que no entendías nuestro idioma: el parpado ptoxico comenzó a temblar.

- Y así tendrá que quedarse. Nadie más tendrá que saber mi secreto. Jura no revelarlo y yo te ayudaré con la niña.

Silvana se sorprendió pero la mirada dura de su entrevistadora no admitió vacilación, aunque en medio de muchas dudas e incertidumbre tomó una decisión y asintió.

- Bueno, entonces estamos de acuerdo.

Aitana se sentó en el borde de la cama e invitó a la otra monja a imitarla.

- ¿Cómo crees que puedes ayudarme?

Silvana tomó en sus manos el crucifijo que llevaba colgado en su cuello.

- Sólo estás de paso por aquí y tan pronto como Monseñor Sciorato deje esta vida para ir al cielo, volverás a Toledo y casi con toda seguridad nunca volverás a este convento.

- Tienes razón, pero ahora estoy aquí. Dime que está pasando.

La monja de Liguria respiró un aliento trémulo, mientras que sus manos ya no firmes perdieron su agarre en el crucifijo, que cayó sobre su pecho plano.

- Hemos estado razonando esto durante semanas. Las pistas son lábiles y no ofrecen grandes bases para decidir de una manera y otra. Además nuestra madre superiora es una mujer santa, pero ciertamente no es un ejemplo de determinación, así que ¿cómo crees puedes convencerla en tan poco tiempo? Si lo que me dices parecerá sensato y al ver la niña, me convengo de que algo está realmente mal, no será de tu amada madre superiora que arreglará las cosas.

- ¿Vas a hablar con el cardenal?- Una nota de confianza se convirtió en la voz de Silvana que después desapareció. ¿El confiará ciegamente en tu palabra? Este caso podría ser escalabroso no creo que lo haga. Va a quere tener su propia idea, hablará con nuestra madre superiora y pasaran días, entonces probablemente se irá sin haber resuelto nada.

- ¡Eso no va a pasar! ¡Créeme!

Aitana sabía que si iba a hacer invitando a Rafael, no dejaría de llevar a cabo una investigación tan importante, pero no se imaginaba en él para resolver el problema.

- Ahora dime todo lo que sabes y lo que piensas al respecto, continuó la monja española mirando a los ojos a su compañera de cuarto.

- No dejes nada, ninguna impresión o detalle por insignificante que pueda parecerse.

IV

Fué una noche difícil para el monseñor Sciorato y esto mantuvo despierta a todas las monjas. El anziano cardenal parecía que ya llegaba a su fin y Rafael le había renovado la extrema unción. El doctor que llegó urgentemente a su cama a las dos de la noche lo visitó rápidamente y le había dado una inyección de un poderoso sedante y otros dos viales les dejó a las monjas.

- Deben hacerse cada doce horas, pero creo que es muy poco probable que llegue a la siguiente – dijo el doctor – igual les dejo dos. Rezen por él.

Al amanecer del día, el enfermo justo al borde de la respiración de un momento a otro se recuperó y esto le permitió a pesar de la mala predicción del doctor para llegar a la inyección de las catorce.

Aunque esa grave situación afectó a la pequeña comunidad de religiosos que lo habían acogido. Las actividades del convento continuaban regularmente y a la primera hora de la tarde las niñas llegaba a las clases del segundo turno.

- ¿Cual es? Preguntó la monja española mientras que desde una posición desviada la vio entrar por la puerta principal. La hermana Silvana, que se había quedado a su lado, asintió con la cabeza ligeramente en la dirección de unos de los pequeños estudiantes.

Aitana, sin dar en el ojo, observó a la niña que, con una mochila de colores en el hombro, estaba llegando a su clase con una amiga. De cabello marrón que se veía muy bien el cuidado de un peluquero, delgada pero no flaca, llevaba un par de jeans y un suéter sobre una blusa roja todos los vestidos bien elaborados, definitivamente no comprados en los puestos de mercado. Su nombre era Gaia y en ese momento, justo cuando desapareció sobre el umbral de la sala, le dio una hermosa sonrisa a su amiga que le había susurrado algo al oído.

Nada, aparentemente sugiría que podía ocultar un terrible secreto.

Cuando el pasillo estaba vacío de nuevo Aitana entró por la puerta principal y entró en el hermoso parque que rodeaba el gran edificio ocupado por las Hermanas misericordiosas de la Caridad de Jesús.

Después de pasar por un cobetizo de mampostería que servía en parte como almacén de las herramientas utilizadas por los jardineros, tomó un camino entre los pinos y los arbustos de mirto y luego bajó unos pasos que conducen a una pequeña pizarra junto a dos enormes agavi. Ese espacio con vistas a una parte empinada de la colina había sido equipado como un mirador con balastradas formadas por postes de madera.

A la izquierda, en la cabecera de Parasio, se mostraban las logias del convento de Santa Clara con el oratorio de San Pedro. Más abajo del camino de Aurelia, estaba la extensión azul del mar que en el horizonte se confundía con el azul del cielo.

Aitana no contemplo nada, sino que se detuvo junto al único banco presente para ordenar las ideas. La conversación que tuvo la noche anterior con la hermana Silvana, aunque había eviscerado varias pistas importantes, había dejado espacios para muchas dudas, sin ofrecer ni siquiera un toque de certezas.

Algunas semanas atrás Rossana y Michela, dos amigas íntimas de Gaia, fueron interrogadas muy discretamente y habían hablado de una evolución repentina de los juegos que propuso. Durante varios meses, ya sea que jugaran de primera mano o lo hicieran con muñecas o juguetes de felpa, en las historias que la inventaron siempre incluyó notas de coerción y violencia

completamente nuevas. También amenudo coloreó las historias con detalles sexuales que avergonzaban a sus compañeros.

- “A veces me asusta” Michela revela con un hilo de voz, “especialmente cuando, sin razón, ella quiere bloquearme, mantenerme quieto para que no pueda moverme”

si era intentato investigar usando el pretexto de que todas las chicas realizaran dibujos de familiares o escenas familiares y en todos los casos Gaia había evocado atmósferas sobrias, a menudo usando colore como el rojo y el púrpura de una manera muy intensa. La expresión de su padre era invariablemente seria y fue dibujado como figura dominante, más grande que la de su madre.

- “¿Te limitaste a eso?” Aitana preguntó en un tono de reproche - “También podría ser que esa niña está madurando antes de los demás y tratando de sacar a la luz a impulsos previamente desconocidos. Tal vez debistes haberte informado más”

- “La madre superiora quiere ser más cuidadosa. Si nuestras sospechas se filtran de estas paredes, se producen un escándalo colosal y luego resultaría infundado, las consecuencias para todos nosotros y para nuestro convento sería terrible”.

La hermana Silvana se retorció las manos como si quisiera fracturarse las muñecas y los dedos.

- “La mayoría de las donaciones que nos permiten llevar a cabo esta estructura desaparecerían, y el obispo estaría muy molesto”

Una mosca fastidiosa e insistente zumbaba alrededor de la cara de la monja que estaba en el belvedere, primero trato de alejarla, luego permitió descansar en su mejilla y la aplastó infligiendo una bofeda sónica. Se limpió la cara con un pañuelo y luego miró el reloj en su muñeca: eran tres y cuarenta y cinco. Después de mirar una antigua torre erigida para contrarrestar las incursiones sarracenas que todavía se elevaban por el mar después de siglos de vida, Aitana reanudó el camino hacia el convento. A las cuatro de la tarde, las chicas de las diferentes aulas se reunieron para tomar un aperitivo. Mientras Silvana distrajo la educadora presente, La monja española aprovechó para acercarse a Gaia preguntandole con baja voz y tono de complicidad si podía también tener algo de té que acababa de ser servido.

La niña, que parecía un poco sorprendida le dijo que no lo sabía porque nunca había visto a las otras monjas beberlo, pero que podía ofrecerle algo del suyo.

Se quedaron juntas pocos minutos pero fueron más que suficientes. En lo profundo de los ojo de la niña, la monja reconoció todo el dolor y la vergüenza que una vez había en ella, ese estado de ánimo terrible y controvertido que te hace dudar de ti mismo porque si un padre te hace ciertas cosas entonces piensas que es justo así.

No necesitaba hacer preguntas ingeniosas ni hacer nada en particular para profundizar.

Aitana sintió en su interior el dolor de esa niña y el demonio rojo comenzó a despertar.

Mientras saludaba y agradecía Gaia, decidió que conocería a su padre y si veía lo que temía entonces la furia podría liberarse de las cadenas que la habían mantenido en lo más profundo de su corazón durante mucho tiempo.

- ¿Entonces? ¿Que piensas de esto? -la hermana Silvana le preguntó tan pronto como se encontraron solas dentro de la habitación que servía como lavandería.

- Voy a ir a ver a su padre y todo va a salir bien, te puedo prometer que - ella respondió que casi se derrocó pasando su mano franca y surcada por las venas en una de las muchas sábanas perfectamente planchadas que descansaban en los estantes de madera. ¿Estás segura? ¿Qué crees que le vas a decir para resolver nuestras dudas? No querrás acusarlo abiertamente, ¿verdad? ¡Por favor, no me metas en problemas! Mira, no tenemos pruebas, ¡ni siquiera la visito un psicólogo!

- Déjeme hacerlo, ya has hecho suficiente, ahora sólo tienes que mantener la calma. ¿Sabes el horario de la oficina del padre?

- No, pero creo que como todas las oficinas, probablemente cerrará alrededor de las doce y treinta y reabrirá alrededor de las quince y treinta. Por lo general va a almorzar a casa, lo sé con seguridad, ya que su esposa me lo dijo durante una reunión de rezo. ¿Sabes si hay trabajadoras domésticas permanentes en la casa?

- No estoy segura, pero no lo creo. Siempre han venido a recoger a la niña, así que creo que si reciben ayuda de una mujer para los trabajos más fuertes, será ocasionalmente.

- Bueno, entonces me reuniré con él mañana en mi almuerzo. El horario es perfecto, así que la niña estará aquí y no tendrá que asistir.

- Pero ¿qué tengo que decirle a la madre superiora? -Silvana comenzó a mover fundas de almohada, manteles y servilletas, como si al azar al mover esas cosas podría darle un mínimo de seguridad. - Si entonces todo sale un desastre como yo explico? ¡Tu te vas a ir, pero yo voy a tener que quedarme aquí el resto de mi vida!

- No le dirás nada, y puedo asegurarte que voy a relacionarme con nuestro digno abogado de una manera tan delicada que en futuro no tendrá ningún deseo de venir a protestar. ¿Dónde viven?

- En una calle lateral de Corso Roosevelt, en una hermosa mansión de dos pisos. El año pasado Gaia le dió gripe y fiebre mientras estaba aquí, así que me enviaron a acompañarla a casa.

- Eso es perfecto. Mañana llevarás a cabo una última tarea para mí: a las dos tendrás que encontrarme la llave en el salpicadero del coche que ya he utilizado para acompañar al cardenal. Habiendo hecho eso, olvídate de todo y cuando vuelva no vengas a buscarme.

- Pero entonces ¿cómo puedo saber...?

- No tienes que saber, acabo de decirte que esto se resolverá definitivamente. Si realmente quieres saber algo, reza por la niña.

Con esas palabras Aitana dio la vuelta y salió de la habitación. Justo afuera se encontró con la hermana Costanza que, tan pronto como la vio, levantó los brazos hacia el cielo mientras su rostro, casi se moldeaba al mando, asumió una expresión tan trágica que era irreal.

- Monseñor Etolo Sciorato, un hombre santo como no habrá más en la tierra, acaba de morir en la gracia de Dios!- exclamó con una voz estridente, ya que grandes lágrimas descendieron para inundar sus mejillas grasas y aguadas.

- “Mejor hoy que mañana, Buen Etolo” pensó Aitana rechazando intento de un abrazo que le estaba dando la otra “de lo contrario me habría impedido ir a ver al buen abogado”

V

- ¡Aitana!. -La monja que acababa de cruzar el umbral del convento, se detuvo y, reprimiendo un gesto de estreñimiento, se dio la vuelta verso el cardenal.

- Mañana por la mañana se celebrará el funeral del Monseñor Sciorato, después del almuerzo podremos salir del convento y, si se puedes reservar, iremos a Niza a coger un vuelo a Madrid. - Rafael, con la cara cansada y tirada para la vigilia nocturna, en lugar de llegar a Aitana, se sentó en un taburete con el asiento forrado con terciopelo rojo que estaba puesto cerca de la pared de la entrada .

- Claro, tan pronto como regrese voy a reservar.- respondió Aitana en tono tranquilo-

Si encontramos un vuelo en un momento aceptable, incluso podríamos llegar a Toledo por la noche.

- ¿A donde vas? Pregunto el prelado alto insinuando que se levantara.

- Me gustaría estar un poco rezando sola, pero no quiero permanecer encerrada en la habitación y la iglesia está permanentemente abarrotado por las oraciones dedicadas a Monteseñor Sciorato, así que decidí ir a una hora al parque, pero si necesitas algo...

- No, nada. Voy a recostarme un poco e intentar descansar. Aunque se dice que los anciano necesitan poco sueño, las vigilia nocturnas ya no son adecuados para mi. Tengo dolor en todas partes y mi mente no esta lúcida.

La monja no se movió de los escalones que conducían a la puerta de par en par y se quedó mirándolo con una mirada de interrogación.

- ¿A qué esperas? - Rafael con un gémido se levantó del taburete- vé a rezar, te veré a las cinco en la iglesia. Aitana, sin esperar nada más, pasó el hueco frente al edificio del convento y caminó por el camino del parque que, pasando por los árboles, llegó a borde del vado del garaje. Al llegar al lado del edificio, después de asegurarse de que no había nadie cerca, entró en él. En el garaje había tres vehículos: un Ford Focus anticuado, un Citroen Jumpy y el Panda que había conducido cuando el cardenal fue a la playa de Oneglia. Sin perder el tiempo abrió la puerta del coche y comprobó si las llaves habían sido insertadas en el salpicadero, luego fue a abrir las dos puertas de acceso, finalmente, en lugar de conducirla fuera, llegó a la parte del macizo utilizado como taller. Después de mirar a sui alrededor, llegó a un enorme mostrador de madera y, después de meditar en algunas soluciones, tomó algunas herramientas y las volvió a poner en la bolsa que tenía con ella. Se subió al coche y lentamente lo condujo a la puerta del parque, que siempre estaba abierta durante el día, finalmente, después de un par de curvas entró a la via Aurelia. En un cuarto de hora más tarde se dirigió Corso Roosevelt pasando dignarle una sola mirada, el hermoso edificio di cinco pisos Art Nouveau que hasta un siglo antes habia sido el Gran Hotel Riviera Palace y que desde el 1923 ha acogido la Prefectura.

Después de enfrentarse a algunas curvas estrechas, tomó el desvío que, avanzando bastante empinadamente entre palmeras y olivos, condujo a las puertas de acceso de algunas villas rodeadas de parques y jardines. Antes de llegar a la que le interesaba, hizo un giro en U, estacionó el coche en una esclava bordeada por un grueso seto de espinos y luego caminó los últimos cien metros a pie. La casa del abogado era una hermosa villa blanca de dos pisos enclavada entre los olivos, con una gran puerta de madera de dos puertas para delimitar el acceso a la propiedad.

Aitana tocó el botón del videoportero colocado en unos de los pilares que sosontraban sus puertas.

- ¿Qué desea ? Habló una voz masculina.

- Vengo directamente del convento. Debería hablar con el abogado urgentemente. Es sobre su hija.

Aitana, consciente que su interlocutor podía verla en silencio, no perdió tiempo en dar otras explicaciones, su vestido indicaba claramente su condición religiosa.

- Adelante.

Con un ligero zumbido, las puertas de la puerta se abrieron y la monja, tan pronto como el hueco era lo suficientemente ancho, pasó y luego dirigiéndose hacia los escalones que conducen a la puerta principal de la casa.

Un hombre de unos cincuenta años la estaba esperando en la puerta.

No muy alto, con el cabello castaño y tez bronceada, dejó que de la expresión del rostro se desbordara que no estaba entusiasmado con esa visita que, si no hubiera sido apoyada por razones muy válidas, terminaría rápidamente.

- Buenas tarde ¿ A qué debo esta inesperada visita hermana.?

- Aitana, me llamo Aitana, soy monja auxiliar de María y soy de Toledo.

- ¿Toledo? ¿qué tiene que ver eso con mi hija.

- Gaia es tu hija. ¿verdad? Aitana ignoró las preguntas del hombre como si no fueran relevantes para la situación.

- Si, y deberías saberlo, si no por qué vendría ud hasta aquí

- Tiene razón, pero quería estar seguro. De hecho, para Aitana esa conversación había sido sólo una manera de tener tiempo para hacerse una impresión de su interlocutor y ahora ella no necesitaba nada más. Desde el primer momento en que lo miró a los ojos, estaba segura de que iba a hacer lo correcto. Cuando dijo el nombre de su hija, algo profundo se había movido en la mirada del abogado.

- Para la monja era como volver a ver a su padre. Por supuesto, este hombre italiano era rico, bien vestido, con una posición sólida en la sociedad en la que vivía y operaba, no como su padre, un fracaso que navegaba entre los trabajos ocasionales y corridas, pero básicamente estaban hechos de la misma pasta: la del abusador de las niñas.

No necesitaba investigaciones en profundidad, pruebas irrefutables, informes de psiquiatras extéricos y psicólogos.

Sólo encontrándolo delante de ella, de inmediato había olido a podrido.

- ¿Dónde está su esposa?

- ¿Qué necesita de mi esposa?

El tono del hombre hasta entonces falsamente cortés, asumió una vena de dureza.

- Ya que no quiero molestarte más de lo que debería , ni siquiera tendré que entrar en la casa. Llamé a su esposa, le diré lo que debo, y me iré.

Toda esa situación comenzó a parecer extraña a los ojos del abogado, pero la idea de quitar a la monja extrañamente vestida del camino, con un gran escapulario púrpura cubriendo su túnica casi por completo, lo llevó a condescender.

- Marta ¿puedes venir un momento?

- ¿tiene algún colaborador doméstico? Se lo pregunto para evitar que otros escuchen lo que debo decirte.

- No, ahora estamos solos. De todos modos, ahora dínos lo que tienes que decir y luego vete.

Tenga por seguro, que en las próximos días haré declaraciones a la madre superiora.

El tono del abogado se volvió amenazante -No puede permitirse de enviarme sin previo aviso o cita, gente inculta como tú.

- Estoy segura que no vas a protestar a ningún lado.

Aitana, ahora que la esposa había llegado a la espalda del interlocutor, deslizó su mano naturalmente en la bolsa y sacó un martillo pesado. El hombre miró la herramienta y luego con una mirada desconcertada, miró a la mujer religiosa que había comenzado a sonreír felizmente.

El brazo de la monja hizo un movimiento rápido del péndulo, como los que los jugadores de los tazón hacen para “llegar al punto” y luego dando un paso repentino hacia adelante. Aitana golpeó la rótula del abogado y devastó sus articulaciones y ligamentos. Los dos cónyuges reaccionaron de la misma manera, ambos chillaron en falsete y luego se retorcieron al suelo.

Uno retorciéndose y moliendo los dientes, había agarrado su extremidad devastada, la mujer simplemente se había desmayado.

Aitana siempre con el martillo en mano, cruzó el umbral, se inclinó sobre su golpeador y luego se inclinó sobre su víctima que lloraba e jadeaba como si le faltara el aire.

El, emitiendo gemidos desesperados, se retractó tratando de arrastrarse, pero el sufrimiento lo bloqueó inmediatamente. Los pantalones clásicos cortados, sin duda firmados por un estilista gritando comenzaron a empaparse de sangre a la altura de la rodilla espedazada.

- Tú y yo sabemos exactamente lo que estás haciendo a Gaia ¿ no? , se lo dijo. La voz de la monja era glacial.

- No no sé.

La monja levantó el martillo y el hombre pronunció un chirrido de rata, de nuevo tratando de escapar arrastrándose hacia atrás en el hermoso y pulido suelo de mármol amarillo.

- Diría que dada nuestra intimidad momentánea, no sería una buena idea tratar de mentirme. La voz de Aitana se volvió confidencial. - no necesito detalles, puedo imaginarlo solos, pero quiero que admita la culpa, porque sólo entonces seré capaz de ofrecerle una salida.

- Si, pero no es mi culpa, ella siempre estaba atrás de mí y....no lo hice...

la mano de la monja cayó para apretar la rodilla lesionada, obteniendo a cambio un grito que se expandió por todas las habitaciones de la casa.

- Tal vez no nos entendimos bien, tienes que admitir tu culpabilidad, no buscar excusas. No te harían ningún bien sólo te causarían más sufrimiento.

La esposa del abogado se levantó y luego de sentarse y inclinar la espalda contra la pared, se quedó mirando con ojos prohibidos y una mano presionada en su boca en la escena al frente de ella.

- “Marta me alegro que estés de vuelta entre nosotros” dijo Aitana, por un momento renunciando a su control sobre su víctima - “para que pueda escuchar lo que el hombre con el que se casó tiene que decir o, tal vez ya sabe”

la mujer no jadeó, pero sacudió la cabeza violentamente, sacudiendo su peinado. Las lágrimas le pasaban las mejillas por su maquillaje perfecto hasta unos minutos antes.

- Una madre debe morir antes de que permita el acoso a su hija. Sin embargo, por hoy fingiré creerte, pero no tendrás otra oportunidad de arrepentimiento en el futuro.

Marta, pálida y derrotada asintió con la impresión de que estaba pensando en estar en presencia del mismísimo diablo.

La monja dejó el martillo y con calma, después de rebuscar, sacó de la bolsa un par de pinzas.

- Por favor ...no me tortures...sesió al abogado que divagando, parecía estar al borde de un ataque al corazón.

La religiosa no demostró que lo estaba escuchando, después de mover bruscamente la mano débil que trataba de pararla, agarró la nariz de su víctima entre sus mandíbulas.

- Si no me equivoco, estábamos hablando de tu culpabilidad.

Los pantalones del hombre, en la ingle se oscurecieron de orina.

- Sí, sí la toqué y cuando ella no quería, la mantuve quieta, pero juro que no la violé, eran sólo juegos... ¡nunca!

El apretón en su nariz acentuó.

- ¿Juegos? Tal vez sin nariz jugarías mejor o tal vez debería sacarte el ojo, quién sabe.

- Piedad

- ahora pides misericordia, pero sé que no siento nada por aquellos como tú, pero te ofresco una oportunidad, porque no quiero arrastrar a tu hija, que es la única inocente entre todos nosotros, en un torbellino de desgracias, así que ahora voy a decir cómo van a salir las cosas.

El hombre trató de asintir, pero la pinza que sostenían cerrada la nariz lo paró.

- Gaia tendrá que vivir en una familia modelo a partir de ahora, recibir amor y cuidado que pueda no borrar lo que era, pero alivia sus penas. No volverás a estar a solas con ella, y tan pronto sea un poco mayor, le encontrarás un plan de estudios que pueda conducirla lejos de casa, para usted es y seguir siendo un mostro. En el convento hay una monja, su nombre es Silvana, a partir de ahora se convertirá en una especie de guardián de su hija y siempre tendrá que estar involucrada en cada decisión relacionada con la niña. ¿Entendistes?

- Sí, vamos a hacer lo que quieras.

- Estoy segura, porque si mi viene un mínima duda al respecto, voy a venir a buscarlos a los dos, y entonces se arrepentirá de no estar muerto.

- La mandíbula de las pinzas se aflojaron, luego la monja puso la herramienta en su bolsa junto con el martillo y se puso en pié.

- ¡Ah, a mi edad ciertas posiciones no son muy cómodas!. Dicho con un tono discursivo como si los dos en el suelo estuvieran cómodamente sentados en la sala de estar.

Después de reabrir la puerta principal la pasó y luego dirigió de nuevo a su víctima.

- Abogado, estoy segura de que será muy bueno justificando el accidente que arruinó su rodilla. Cojearás por el resto de tu vida, pero te hará bien, te ayudará a no cometer el mismo error.

Veinte minutos más tarde Aitana estacionó al Panda en el convento, puso las herramientas, y luego se dirigió a la iglesia donde las monjas continuaba rezando por la partida del Monseñor Sciorato.

Arrodillada en un banco con las manos juntas y los ojos cerrados unió su voz a la de las hermanas presentes.

VI

Rafael salió bajo el porche de la terraza cubierta que albergaba dos lados de su casa en el segundo piso de un imponente edificio del siglo XIV situado en el corazón de Toledo.

Habían pasado dos días desde el funeral del buen Etolo y ahora se sentía dispuesto a afrontar sus deberes diarios normales, aunque a estas alturas, dada su edad, desempeñó más un papel de guía espiritual que el de la dirección operativa de la comunidad católica de su ciudad.

- Aitana, mañana retomaré con los nombramientos, así que advierta a todos, especialmente a aquellos a quienes tuve que posponer la reunión que, por supuesto, prevalecerá.

La monja, de pie a un par de metros de distancia, asintió con la cabeza.

- Ya que me he dado otro día libre hoy, y ahora son las cinco de la tarde, me gustaría beber dos dedos de Porto.

Aitana, sin aliento, regresó a la casa para emerger, poco después, con una pequeña bandeja de plata con una copa de Boemia en ella en la que había vertido el vino de licor precioso.

- Nada puede rivalizar con este tawny de más de cincuenta años, es un verdadero nectar digno del paraíso terrestre.

Durante años disfrutó de la constante oferta de ese precioso vino cuya procedencia nunca había revelado a nadie.

Las botellas, anualmente, llegaron anónimamente a un monasterio de la Cartuja encaramada en la Cordillera Cantábrica, de la que, aquellos buenos monjes solitarios les disponía para que llegaran a él.

- “Alfredo Manrique murió hace doce años, pero sus hijos, aunque crecieron en Brasil, siguen recordándome” pensó mientras su mirada se deslizaba a lo largo del sistema de contrafuertes con arcos rampantes que se levantaban para sostener la parte posterior de la catedral.

Todo se remonta a la época de Francisco Franco. Alfredo Manrique Gonsalvus Moncada durante muchos años había sido uno de los generales más leales al Caudillo, apoyando también sus excesos iniciles, pero a finales de los años sesenta había participado en una conspiración para defender el postestraarlo y así restaurar la democracia en el país.

Esto, como suele ser el caso de los regímenes que se aferran al miedo y la delinización, había sido descubierto incluso antes de que comenzara y Franco había eliminado a todos los participantes utilizando la terrible herramienta de la tortura: la garrota.

- “Todo menos Alfredo” el general, que había sido uno de los principales organizadores, le había pedido ayuda al Monseñor Rafael, gestionando así, gracias a una cadena de complicidad en el mundo eclesíastico, para expatriar a Sudamérica.

- ¿Quieres que te traiga el cigarro de siempre?

- No, Aitana, voy a fumarlo adentro. Después de echar un último vistazo a la Catedral Primada, salió de la terraza y entró en el hall con el suelo de mármol rojo alicante las paredes cubiertas con paneles de cedro inadizado con imágenes religiosas, donde le encantaba pasar sus horas de paz y tranquilidad. Con un suspiro de placer se sentó en el sillón de cuero y extendió una mano hacia la cercana mesa de café de madera de olivo en la que se veía una caja de vitolas muy hermosa.

- Me gustaría preguntarte algo, dijo, dirigiéndose a la monja.

Aitana permaneció en silencio.

- ¿Por qué le robastes un viejo martillo a esas santas mujeres del convento de Imperia? ¿Qué

sentido tiene lidiar con todas las complicaciones burocráticas de subirlo al avión, cuando, si realmente lo necesitabas, podrías comprar uno nuevo aquí?.

- Ese es un martillo especial, redime almas. Respondió con tono serio la monja.

- ¡Si, Claro que no! ¡Tal vez martillando las cabezas de los pecadores! Rafael se rió y luego encendió el cigarro.

- “En sus cabezas no, ya no tendrían tiempo para arrepentirse” Aitana se dio la vuelta y se dirigió a la salida. “Pero reza para que nunca tengas que provarlo en la rodilla”

NOTA

Estimado lector, esta historia fue escrita durante las medidas restrictivas adoptadas por el Gobierno para hacer frente a la emergencia del coronavirus.

Como seguramente sabes la mía, de hecho, la nuestra, no fue una experiencia solitaria.

Lo hemos compartido con los ciudadanos de medio mundo, y creo que es la primera vez que, una medida tan drástica como el aislamiento domiciliario, se ha abordado al mismo tiempo que todas las latitudes y longitudes de nuestro planeta. Sé que esta escritura es muy poco, pero dedico esta historia a todos aquellos que luchan por sobrevivir y a aquellos que, a menudo mal equipados y sometidos a matanzas y cambios peligrosos, se sacrifican para aliviar el dolor de personas desconocidas, exponiéndose así conscientemente al riesgo de contagio.

Muchas gracias y, cuando todo termine, volveremos a estar junto de donde lo dejamos.

Ugo

AUTOR

Ugo Moriano, nacido en Imperia en 1959, vive con su familia en Diano Marina, en la provincia de Imperia. Su amor por la lectura y su interés por la historia lo han acompañado desde una edad temprana.

Hizo su debut en el mundo del papel impreso con la novela amarilla: “La memoria puede matarte” seguida de “L’Alpino desaparecido”(2009), “A Sanremo se juega sucio”(2010), “Sospechosos del pasado”(2011), “El arte del crimen”(2012), “El engaño del tiempo”(2014) 1º clasificado al Premio Internacional Montefiore, “Amistades Antiguas”(2015), “Raíces Distantes”(2016) y “Diferentes Perspectivas”(2017).

En 2011 fue publicado “Arnisan el Lombardo”.

En 2012 “El último sueño longobardo” vencedor del 61º Premio de la Selección Bancarella 2013.

En 2013 “El diamante Kindanost” 3 clasificado al Premio Internacional de Católica.

En 2014 “Gnorff y Lents”.

En 2015 “Sangre longobardo”

En 2018 “Ataque dal cielo” y “Emboscada en Montecarlo”.

En 2019 “El secreto del confesionario”.

En diciembre del 2009 su historia gótica “El regreso” vio la luz del día y en la primavera del 2010, en la página web de la biblioteca de Diano Marina, se publicó un enlace a su historia humorística titulada La verdadera historia del descubrimiento del fuego.

Miembro del jurado del Premio Ciudad de Católica 2016.

Su sitio web: www.ugomoriano.it

Su correo electrónico: ugo.1959@gmail.com

DigiLibris

DigiLibris

Creación ebook por Moriano Selene en nombre de COEDIT Edizioni

www.digilibris.it